

3. El Bautismo de Jesús

“Fue predicho que Cristo, después de nacer, había de vivir oculto a los otros hombres hasta llegar a edad de varón. Escuchad lo que a este respecto se dijo anticipadamente: *Un niño nos ha nacido, un joven nos ha sido regalado, cuyo imperio sobre sus propios hombros...* (Is 9, 5)” (*Apología* I, 35, 1-2). Así resumía san Justino, mártir del siglo II, los años de Nazaret. Hasta alcanzar la “edad de varón” se le tenía por hijo de José, y trabajaba como carpintero. Durante ese tiempo, prosigue Justino, “fabricó arados y yugos, obras de este oficio (...), enseñando por ellas los símbolos de la justicia y lo que es una vida fecunda” (*Diálogo* 88, 2).

A través de la vida de silencio y trabajo, ya lo sabemos, Cristo manifestó lo que es una vida justa y fecunda, rebotante de fruto. La justicia se manifestaba en las obras del carpintero: los arados y los yugos, que no eran instrumentos de guerra sino aperos de labranza. Así lo había profetizado Miqueas: “de las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas” (Mi 4, 3).

Después de este tiempo pacífico y escondido, el Jordán es testigo de un cambio en la vida de Jesús. En su ribera y de manos de Juan, el de Nazaret recibe el Bautismo y da inicio a su manifestación a Israel. ¿Qué pasó aquel día? ¿Qué significó en la vida de Jesús?

a. Un nuevo inicio

Lo primero que salta a la vista a la luz de los evangelios, es que se trata de un acontecimiento de transición, de frontera entre los años escondidos y los de manifestación pública. Entre el desconocido que llega desde Galilea y el que sale de las aguas tras abrirse los cielos, parece haber una transformación profunda. Pero, ¿conoció Jesús cambios de ritmo en su vida?; ¿experimentó también Él esas crisis vitales que experimenta toda familia cuando llega un nuevo hijo, con una mudanza o un cambio de trabajo, con el nuevo colegio de los pequeños o el reto de la adolescencia? Así nos lo anuncian los evangelistas.

El Bautismo marca un antes y un después en la vida de Jesús. Es el inicio de su predicación y de los milagros y portentos. De hecho, Marcos, que no narra la infancia de Jesús, sitúa este acontecimiento al comienzo mismo de su evangelio: “Apareció Juan bautizando en el desierto ... y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado” (Mc 1, 4.9). ¿En qué consistió este cambio en la vida de Jesús?

De los Evangelios podemos recabar un segundo dato básico sobre el Bautismo: su relevancia. Los cuatro nos hablan de este misterio y lo hacen prolijamente, coincidiendo en su trascendencia para el camino de Jesús (Mt 3, 13-17; Mc 1, 9-11; Lc 3, 21-22; Jn 1, 29-34).

b. Tres protagonistas

Los evangelistas coinciden también cuando presentan este episodio a la luz de tres momentos, cada uno con su actor principal. El relato comienza con la llegada de Jesús desde Nazaret de Galilea: viene de la vida escondida y se incorpora, como uno más, a la fila de los pecadores. El segundo momento es el de

la manifestación de Dios, es decir, de la teofanía. El protagonista aquí es el Espíritu, que desciende en forma de paloma sobre aquel hombre venido de Galilea. A la teofanía visual le sucede la auditiva: de lo alto se escucha una voz que proclama a Jesús como el Hijo, el Amado.

En el Bautismo se nos revelan, por tanto, las tres personas divinas, que actúan como protagonistas. Tenemos así los tres momentos de este misterio: la solidaridad de Jesús con los bautizados, la manifestación del Espíritu Santo y la declaración del Padre. Este tríptico nos confirma en lo que intuíamos antes: después de la tranquilidad de Nazaret, estamos ante una manifestación trinitaria, un gran evento en la vida de Jesús. Veamos ahora con calma estos tres momentos.

i. La humildad del Hijo

“Se estaba bautizando todo el pueblo” (Lc 3, 21). Lucas destaca la solidaridad y condescendencia de Jesús, que no se separa de los pecadores a los que viene a salvar. Sin conocer pecado, forma con ellos un cuerpo.

Esta actitud de Jesús no es la de la ‘falsa humildad’ del que baja los ojos, se cubre la cabeza y hace “como si fuera pecador”. Sin duda, Jesús vivió una vida impecable. No había en Él pecado alguno que fuese necesario purificar. Por eso, no le faltaba razón a Juan el Bautista cuando se resistía: “Soy yo quien tiene necesidad de ser bautizado por ti”.

La humildad de Jesús consiste andar en la verdad. Su presencia en el Jordán junto a nosotros, pecadores, no nos habla de una falsa compasión. A la objeción del Bautista, el Maestro responde con autoridad: “Permítelo por ahora: es conveniente *cumplir toda justicia*” (Mt 3, 15).

Jesús no corrige al Bautista. Lo que este dice es cierto: el precursor no es más que el Mesías; la voz no es más que la Palabra. Lo que mueve a Jesús a bautizarse no es una falsa humildad sino el cumplimiento de toda justicia. Jesús no finge. Al comienzo de su vida pública, ocupa el puesto de los pecadores y manifiesta así su misión. El Maestro carga con la culpa de la humanidad y entra con ella en el Jordán. El Bautismo es así un anticipo de la Cruz.

Tanto el descenso del Espíritu como la voz del Padre nos confirman esta perspectiva. Por una parte, el Espíritu desciende sobre Jesús en forma de paloma, un animal prescrito con frecuencia para la ofrenda de los sacrificios (cfr. Gen 15, 9; Nm 6, 10). Por otra parte, la voz del Padre proclama que Jesús es “su Hijo, el Amado, en quien se complace”. Se evoca aquí aquel sacrificio misterioso que Dios ordenó a Abraham: “Toma a *tu hijo, el amado, al que amas*, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécelo allí en holocausto” (Gen 22, 7). Y se nos recuerda también la profecía de Isaías: “He aquí mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien se complace mi alma” (Is 42, 1-2). Al presentar a Jesús como el Hijo y el Siervo sufriente, la voz del Padre anuncia ya el misterio de la Pasión.

De esta manera, en su Bautismo, Jesús vive la perfecta humildad. No la del que busca abajarse a toda costa (o peor, la del que finge abajarse), sino la de

quien desea elevar y hacer crecer a cuantos le rodean. La que aprendió en Nazaret.

ii. La teofanía del Espíritu: el nazareno es el Mesías

Pero además de este ejemplo de Jesús, ¿qué otros ingredientes descubrimos en el Bautismo? ¿Es algo más que un anticipo de la Pasión? “Cumplir toda justicia”. ¿Por qué es necesario que Jesús reciba el Bautismo?

A la humildad de Jesús le sigue un acontecimiento único: se abren los cielos (se “rasgan”, dice Marcos) y el Espíritu desciende como una paloma sobre Jesús. Además de preanunciar, el Bautismo es un misterio de teofanía: se abre la morada de Dios y se manifiesta el misterio.

Lo primero que se nos revela es la identidad de Jesús. La voz del Padre nos habla del Hijo Amado; el descenso del Espíritu nos lo presenta como el Mesías, el Ungido de Dios, el Cristo. “He aquí mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre Él” (Is 42, 1-2).

Jesús es el Ungido porque posee la plena presencia del Espíritu. Este vino sobre María en la Encarnación y desde ese momento, habita en Cristo con una plenitud singular. El Espíritu que hablaba por los profetas, actúa ahora en Jesucristo y permanece en Él (cfr. Jn 1, 32-33).

De esta forma, el Bautismo no habla solo de la Pasión sino que nos ofrece también una luz sobre el principio, sobre el misterio de la Encarnación. En el Jordán se revela el misterio que había estado oculto durante tres décadas. El nazareno que pasaba por el hijo del carpintero, es el Mesías, el Hijo de Dios.

El Jordán, por tanto, es el lugar donde se vislumbra el fin de Jesús, su entrega, y donde se manifiesta su principio, su divinidad y la plenitud del Espíritu desde la Encarnación. Pero, además de ser preanuncio futuro y manifestación del pasado, punto de partida y de llegada, ¿qué es lo propio del Bautismo? ¿Cuál, por así decir, su peso específico?

iii. La complacencia del Padre: el camino del Espíritu

Junto a la luz sobre el futuro y el pasado, el Bautismo supone una novedad en la vida de Jesús. A partir de ahora, Jesús comienzan los milagros y las predicaciones en público. Hay un antes y un después del Jordán.

Un cambio tan llamativo llevó a algunos cristianos a pensar en una transformación absoluta de Jesús en el Jordán: antes habría sido un hombre más, como cualquier otro hijo de carpintero; a orillas del río Jesús habría sido “adoptado” como hijo de Dios. Pero como ya hemos dicho, Jesús, es desde su Encarnación, el Cristo, el Ungido con la plenitud del Espíritu. La novedad del Bautismo no es absoluta: hay que buscarla en la continuidad.

Para comprender la novedad del Bautismo debemos contemplarlo desde el vínculo que existe entre lo que oímos y lo que vemos en el Jordán, entre la voz del Padre y el descenso del Espíritu. Las dos teofanías, la visual y la auditiva,

forman una sola. San Lucas nos ha señalado esta unidad al observar que el Espíritu descendió sobre Jesús “mientras este oraba”, es decir, mientras dialogaba con el Padre.

Así pues, nuestros ojos y nuestros oídos hablan de una única realidad. Lo que oímos al Padre acerca de Jesús (que es su Hijo, el Amado) se cumple ahora a través de lo que vemos. Al descender sobre Jesús, el Espíritu le va enseñando a vivir como hijo amado, es decir, va realizando en Él su filiación.

Esto quiere decir que el Bautismo es un momento de singular acción del Espíritu en Jesús. Algunos Padres (san Ireneo de Lyon, por ejemplo) han visto aquí un misterio de unción. En el relato del Jordán no encontramos el aceite necesario para ungir, pero junto al agua derramada por Juan sobre Jesús, se derrama también el don del Espíritu.

Ya desde el inicio del mundo, el Espíritu aleteaba sobre las aguas. Siguió después actuando a través de los patriarcas y profetas. Con su venida Cristo trae la plenitud del Espíritu, pero no la actúa de golpe, instantáneamente, sino poco a poco. Para que el hombre pueda resistir una acción tan potente y para que el Espíritu pueda “acostumbrarse” a actuar en el hombre, se precisa un camino.

El Bautismo manifiesta así la necesidad del tiempo en la acción de Dios en el hombre. Y la obra del Espíritu en Jesús es una de ellas. Es el Espíritu quien le va enseñando a obedecer y a pronunciar la palabra de Getsemaní: “¡Abbá!”. Dios se va acomodando a su criatura, respetando los ritmos propios de su crecimiento. No acostumbra a saltarse las leyes sabias que él mismo ha establecido. No quema etapas sino que va ungiendo su carne paulatinamente.

Podemos comprender así que la declaración del Padre no es una simple afirmación, sino que supone una transformación en Jesús, un cambio real en Él. “Tú eres mi Hijo, el Amado”. No es que antes no fuese el Hijo eterno de Dios. Lo que ocurre es que, para los hombres, ser “hijo” no es algo estático: reconocerse como tal es una aventura que dura toda la vida. Salvando la gran diferencia, lo que ocurre es algo semejante al padre que, en diversas ocasiones presenta a uno de sus hijos a sus amigos: “Este es mi hijo” y les muestra al bebé que lleva en brazos, al muchacho que comienza la secundaria o al ingeniero con el diploma bajo el brazo.

Las palabras del Padre nos hablan, por eso, de un nuevo inicio. Evocan las palabras del salmista: “Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado *hoy*. Pidémelo, te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra” (Sal 2, 7-8). Un monje griego del siglo VII, san Máximo el Confesor, hablaba a este respecto de los tres nacimientos que Jesús ha querido honrar en su carne: la generación en la carne en Belén, la del Bautismo a orillas del Jordán y la de la Resurrección.

A la luz de este nuevo inicio entendemos porqué los milagros y la manifestación pública aparecen ahora, con la plenitud del don del Espíritu. Al mismo tiempo, podemos también mirar hacia atrás y descubrir el sentido de la vida de Nazaret. El Bautismo culmina la vida oculta y es una luz para los años anteriores. Junto al aumento de edad y estatura, sucedía en Jesús algo tremendo e inaudito: el Espíritu Santo iba modelando su carne, sus afectos: su corazón.

Hay momentos en el camino en los que se nos concede disfrutar de una hermosa vista. A mitad de ladera, una mirada atrás nos descubre un horizonte espléndido. El Bautismo de Jesús es uno de esos misterios de luz en los que vislumbramos la belleza de lo que está ocurriendo en nosotros. Es como un relámpago en la oscuridad del camino.

c. Una nueva familia

Como hemos visto, en el Bautismo descubrimos a toda la Trinidad activa, como protagonista. Pero en realidad, este misterio se orienta hacia nuestra participación. Lo que está aquí en juego no es sólo la posesión total del Espíritu por parte de Cristo, sino su comunicación a los hombres.

“Dejará el hombre a su padre y a su madre”. También Jesús abandona su hogar. No para casarse, pero sí para constituir una nueva familia: la de los hijos de Dios. Jesús deja Nazaret y acude al Jordán, donde el Padre lo proclama su Hijo, el Amado. Desde ahora, su vida consistirá en hacer viva esta filiación y en abrirnos el camino hacia ella. En otras palabras, destinará todas sus fuerzas a manifestar al mundo el rostro de Dios, Padre que ama inmensamente a los hombres. Por eso, la voz del cielo contiene el núcleo del mensaje de Jesús: Él es el Hijo, cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre.

Jesús no se casará. En el Bautismo, será revelado como el Hijo y Juan nos lo presentará como el Esposo, Aquel que viene a desposar al pueblo elegido y no lo abandona. Junto al Jordán nace así una nueva familia. El fruto inmediato del Bautismo será la vocación de los primeros discípulos, Andrés y Juan, hasta entonces seguidores del Bautista.

¿Y nosotros? ¿Podemos formar parte de esa familia?

d. Nuestra participación en Cristo

El Bautismo de Jesús nos habla de nuestro bautismo. Tras habitar en la carne de Jesús, el Espíritu Santo, “acostumbrado” a modelar un corazón humano, puede ahora derramarse sobre nosotros. A través de su presencia activa en Jesús, el Espíritu posee ahora la delicadeza y la paciencia que exige tratar con los hombres.

De este modo, por medio del Bautismo, el Espíritu de Jesús nos permite participar de su vida, igual que hicieron los primeros discípulos junto al Jordán. “Se quedaron con Él aquel día”.

“Todo lo que aconteció en Cristo”, nos dice san Hilario de Poitiers (*In Math.*, 2), “nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios”.

El Bautismo es esa puerta grande por la que nos introducimos en la vida de Cristo. Después vendrán los demás sacramentos, acciones del Espíritu en nosotros, que nos hace partícipes de la vida de Jesús y nos va configurando con Él.

e. El Bautismo en la liturgia

La liturgia celebra este misterio el primer domingo del tiempo ordinario, cerrando el tiempo de Navidad. Además, la Solemnidad de la Epifanía del Señor, el 6 de enero, recoge tres momentos singulares de manifestación: la adoración de los reyes magos, el Bautismo de Jesús en el Jordán y el milagro de las bodas de Caná de Galilea. Entre la venida de los magos y la conversión del agua en vino, el Bautismo juega un papel fundamental. El Espíritu que unge a Jesús está llamado a derramarse a todos los pueblos y a transformar el amor de los esposos de Caná.

Preguntas para el diálogo

1. Los evangelistas nos hablan de la mirada de Jesús: penetrante, profunda y capaz de poner en movimiento a quien percibía el calor de aquellos ojos. Junto al Jordán aprendemos el misterio de esa mirada. “Este es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido”. ¿Cuál es el origen de la mirada? ¿Quién nos ha mirado primero?
2. El Bautismo es un momento de cambio. También la familia los conoce. En ellos parece que todo se tambalea y parecería mejor empezar de cero. ¿Qué nos dice el Bautismo sobre estas ocasiones de *crisis*, es decir, de juicio y crecimiento?
3. Hay en el Bautismo tres protagonistas. Y un testigo. San Juan Bautista toma agua del Jordán y ve descender al Espíritu del cielo. Como padres de familia, el Señor nos hace también testigos de la acción del Espíritu. ¿Cómo situarnos ante el misterio de Dios actuando en nuestros hijos?